

# Cristianos por el anarquismo

E.  
MIRET  
MAGDA  
LENA

**H**ASTA ahora se ha hablado de "Cristianos por el socialismo"; pero me he llevado una grata sorpresa al leer el pequeño pero interesante libro del sacerdote y sociólogo Aurelio L. Orensanz, titulado "Anarquía y cristianismo", que publica la Editorial Mañana.

España es un país —o conjunto de países— de gran tradición anarquista, que hoy, en gran parte, se ha perdido. Nuestra memoria histórica es en este momento demasiado escasa, y solamente recordamos retazos mal hilvanados, y peor interpretados, acerca de nuestra reciente historia social. Para una gran mayoría de españoles, decir anarquismo es sinónimo de violencia, desorden caótico e inmoralidad sexual. Pero esto no tiene nada que ver con el auténtico anarquismo. Es más, para algunos militantes católicos, esta corriente social, depurada de ciertas exageraciones un poco ingenuas, constituye algo muy concordante con el Evangelio.

Entre nosotros hay un joven profesor de Filosofía, Carlos Díaz, que se ha preocupado desde su punto de vista creyente de este movimiento social, y ha sentado las bases de un anarcopersonalismo inspirado en buena parte en Emmanuel Mounier, y en las verdaderas tradiciones del anarquismo sin desgarramientos caricaturescos.

Lo que les parecerá extraño a muchos lectores es esta posible inspiración del anarquismo en el cristianismo. La extrañeza proviene de la observación que hace Carlos Díaz y que desde su punto de vista le parece un hecho chocante que no hayamos tenido una mayor comprensión: "No comprendo cómo los cristianos de los últimos tiempos han sido tan cerrados para la óptica anarquista y tan abiertos para la marxista".

Orensanz se preocupa con gran objetividad —y sin perjuicio de una profunda comprensión— de hacer el análisis de tres campos en donde aprecia una convergencia posible entre anarquía y cristianismo: el sentido de la Historia, el Estado y la imagen de Dios.

Su conocimiento de este mundo anarquista cristiano lo adquirió en Inglaterra en 1970. El contacto con un párroco anglicano de la corriente más afín al catolicismo le descubrió estos grupos de "cristianos por el anarquismo" que existían entonces en Gran Bretaña. Su promotor fue otro párroco del condado de Essex, Conrad Noel, el cual, en 1910, se hizo cargo hasta el año 1942 de una pequeña parroquia que tenía una bella iglesia gótica normanda, y resultaba un ambiente tranquilo y sereno para pensar nuevas

perspectivas sociales. Este sacerdote redactó "El Manifiesto de la Cruzada Católica", que era un verdadero manifiesto de teología libertaria, y a partir del cual reunió mucha gente joven que ha ido propagándose en forma de pequeños grupos que hoy todavía perduran y siguen reuniéndose periódicamente para tratar de esa utopía anarcocristiana. En la actualidad, el movimiento ha tomado el nombre de "El Jubileo".

Uno de sus principales promotores fue el escultor inglés Eric Gill, el cual, con ese ingenio humor británico, decía que había abrazado el anarquismo "por ser la forma más profunda de socialismo, y no estar condenado por la Iglesia".

Para llegar a una verdadera religión social, Bakunin decía con gran razón que se necesitan dos cosas imprescindibles: "Una idea universal, históricamente desarrollada a partir de las profundidades instintivas de los sentimientos populares", y, además, "una experiencia amarga". Estos dos polos son necesarios para que se produzca de abajo arriba una corriente vital que lleve a un verdadero y radical cambio de la sociedad y de sus estructuras, para lo cual muchos pensamos que la violencia es uno de los caminos menos indicados, y como —en el extremo contrario— la dictadura tampoco lo es.

Estos cristianos se inspiran en estas ideas a las que se une el más convencido pacifismo, junto al deseo más sincero de transformación radical de las estructuras de este mundo.

El sentido tan despectivo hacia el autoritarismo de Estado lo encuentran estos cristianos en la digna actitud contra el despotismo romano de los primeros mártires y escritores eclesiásticos, y en las palabras del Evangelio de San Mateo, que dice: "Sabéis que los jefes de las naciones las gobiernan como señores absolutos y los grandes las oprimen con su poder; pero no ha de ser así entre vosotros, sino que el que quiera llegar a ser grande entre vosotros será su servidor; y el que quiera ser el primero entre vosotros será esclavo vuestro". Más tarde es el gran teólogo del catolicismo, Santo Tomás, quien en plena Edad Media afirma que no hay más ley en el cristianismo que la acción interior del Espíritu. Por eso comenta este santo que "hombre libre es aquel que se pertenece a sí mismo, y esclavo, aquel que pertenece a su señor". De este modo, "el que obra por sí mismo, obra libremente; pero el que recibe el movimiento de otro, no obra libremente. Y aquel que evita el mal no porque es un mal, sino por el solo motivo de estar pro-

hibido, no es libre. Pero el que evita un mal porque es un mal, éste es libre..., y lo es porque su dinamismo interior es el que le impulsa".

Estos conceptos complementan y fundamentan las pretensiones de estos anarquistas cristianos de ir siempre de arriba y de dentro afuera, y no al revés, para construir una sociedad justa y satisfactoria.

El elemento pacífico del Evangelio y la creencia en la fuerza interior, cuando esta fuerza íntima se deja desarrollar espontáneamente, es lo que puede dar un sentido positivo a la historia de los hombres, y es también lo mismo que, con palabras distintas, ha pretendido el mejor anarquismo.

Esta corriente de abajo arriba y esta suspicacia para con el poder por sus muchos abusos, formarían las bases coincidentes entre anarquismo y cristianismo respecto a la estructura de la sociedad del futuro, sustituyendo la fuerza exterior y el poder coactivo por un desarrollo grande del dinamismo interno de las conciencias humanas.

Todo ello tiene que tener una última base: la de una fuerza íntima, un impulso creador en el fondo de todas las cosas y de todos los seres, en el cual esté presente lo individual y lo colectivo en coherente y positiva síntesis, que es lo que estos anarquistas cristianos descubren en el misterio cristiano de la Trinidad. Punto de vista que merecerá un comentario y desarrollo en algún próximo artículo. Baste ahora decir que necesitamos los cristianos españoles renovar nuestras ideas, pensar un poco más a fondo y conocer mejor los movimientos de otros creyentes que se inspiran en el Evangelio fuera de nuestras fronteras, para no caer en la estrechez del sectarismo integrista de ayer —que todavía perdura— ni tampoco en la estrecha e ingenua superficialidad de los progresismos de hoy, que tienen demasiada poca hondura y carecen de suficiente perspectiva de futuro. Hay que ser más radicales, ir a la raíz de todas las cosas como pedía Carlos Marx, y no dejarnos envolver por las anécdotas del momento político que ocupan nuestra imaginación e impiden nuestra reflexión creadora, y por eso no nos permiten crear un porvenir que sea más convincente, más humano y que pueda ser un ideal que facilite el romper los estrechos límites de lo que hoy estamos viviendo. ■